

VALERIA ROS

PONERME A PARIR



VALERIA ROS

PONERME A PARIR

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Valeria Ros, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2022

Depósito legal: B. 1.959-2022

ISBN: 978-84-08-25468-3

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain – Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Índice

<i>Prólogo</i> , por Susi Caramelo	11
1. Estado de alarma	17
2. No se puede competir con la comida	39
3. <i>Money, money</i>	63
4. El rechazo de la llamada	93
5. Ponerme a parir	113
6. El destino y Mr. Panamá	129
7. <i>The show must go on</i>	143
8. Conciliando	161
9. ¡Feliz cumpleaños!	175
<i>Agradecimientos</i>	189

1

Estado de alarma

No me ha bajado la regla.

Tendría que bajarme hoy, así que no debería estar tan preocupada. Otros meses he tenido retrasos y no ha pasado nada, pero esta vez es diferente.

Hace unos días mi amiga Lucho y yo nos pusimos a trastear con mi *app* para la menstruación; esa aplicación donde las mujeres metemos religiosamente los días que tenemos el periodo para que Google sepa cuándo anunciarnos que toca ir al súper a por compresas de noche. Por lo visto, el programa también tiene otra utilidad. Lucho me dijo que, según mi móvil, mi día más fértil del mes había sido el 1 de marzo. Es decir, el día que me lie con mi ex. ¡Maldito teléfono inteligente! Si tienes una *app* para decirme cuál es mi día más fértil, deberías sincronizarla con WhatsApp para evitar que escriba a mi exnovio italiano a las dos de la madrugada de ese mismo día.

Ahora mismo la gente anda de cabeza con esto de confinarnos en casa, pero yo no dejo de pensar que si me hubiera quedado encerrada hace dos semanas no estaría buscando en Google «¿cómo saber si estás embarazada?». Aunque también podría haber usado un condón, claro.

Recuerdo que salí a tomar algo por ahí y cinco horas después estaba escribiendo a Musco. Luego le llamé y él me lo cogió al primer tono. «Oye, que yo no lo juzgo, ¿eh? De todas formas, es italiano, y estos son como los argentinos: les encanta coger.»

¿Y si estoy embarazada? El destino a veces es así de caprichoso. Me va a pasar como a la persona que pidió una sopa de murciélago sin imaginar siquiera que aquella exótica merienda iba a cambiar el mundo: yo no podía pensar que unos chupitos de Jäger terminarían en embarazo. La gente odia al que se pidió la sopa de murciélago, pero quizá era una pobre chinita que hacía tiempo que no se comía un buen murciélago por ahí y estaba harta de tener que cocinar ella en casa, a mano o con ayuda de su vieja batidora; o tal vez siempre que se tomaba unas copas terminaba cenando murciélago; o a lo mejor simplemente comía murciélago por inercia y se odiaba después de hacerlo, y terminaba borrando el número del móvil del murciélago en cuestión, pero da igual porque se lo sabe de memoria... ¡¿Es que nadie ha pensado en esa pobre chica?!

Fíjate: la gente alarmada, mirando la tele para enterarse de lo que pasa con la pandemia esa, y a mí no podría im-

portarme menos mientras leo los resultados del buscador en el ordenador: «Dolor de senos, cansancio, ligero sangrado...». ¿Cómo pueden ser los síntomas del embarazo los mismos que los del síndrome premenstrual? ¿Tengo un cigoto vivo y un óvulo muerto a la vez? ¿¡Tengo el gato de Schrödinger dentro del útero!?

¡Relájate, Valeria!

No estás embarazada. Tienes síndrome de ovario poliquístico: eso significa que un ovario me funciona normal y el otro es como el Langui de resaca. De todas formas, voy a bajar a la farmacia a comprarme un test de embarazo. Ya que no hay test para el coronavirus, por lo menos así me quito el mono con este y salgo de dudas.

En la calle todo el mundo se ha vuelto loco. Hay una cola kilométrica en la puerta del súper para comprar papel higiénico. ¿Para qué necesita la gente tanto papel de golpe? Lo único que se me ocurre es que quizá todas esas personas antes echaban el trufi en la oficina y ahora, con el teletrabajo, se ven obligados a comprar sus propios rollos.

La histeria que produce la incertidumbre se puede sentir en cada cara cubierta por esa tela completamente ajena a nosotros que produce acné y hace que se te corra el pintalabios. Qué miedo nos da el «no saber», el salir de tu zona de confort. Ese término que tanto odio de tanto como lo usan los *coaches* emocionales del siglo XXI. La vida pone a prueba

nuestra salud mental cuando menos lo esperamos. No estamos preparados para situaciones imprevistas que están fuera de nuestro control. Es increíble el miedo que produce este tipo de acontecimientos. Por eso es tan importante trabajar la mente. Gracias a mi obsesión por ser perfecta y dejar de ser un caos de manual llevo años trabajando en entender quién soy, así que puede que en esta situación tan surrealista les lleve a muchas personas años de ventaja.

Voy en dirección contraria a todo el mundo. La gente entra en los comercios a por papel, harina, conservas, gel hidroalcohólico y birras. Mientras, yo voy camino de comprar un test de embarazo, como si la pandemia no fuera conmigo. Quizá debería pasar del test y comprarme directamente un lanzallamas, por si la cosa se complica de verdad.

Ayer escribí a un chico con el que me lie hace unas semanas. Le mandé un DM por Instagram metiéndole alguna fichilla a ver si seguía interesado y su contestación fue: «Vamos a morir todos». Esperaba algo de *sexting* por su parte con la que se acercaba. Habríamos ahorrado mucho dinero en farmacia.

Si lo pienso así, en frío, me flipa que los farmacéuticos vendan condones, pastillas del día después, píldoras anti-conceptivas, test de embarazo, geles lubricantes, Viagra... En poco tiempo empezarán a vender bolas chinas junto a las aspirinas. Nadie sabe más sobre tu vida sexual que el farmacéutico de tu barrio. En mi caso, se trata de un señor con bata blanca y gafas que tiene pinta de que hace tiempo

que no echa un buen polvo. Parece más un profe de Conocimiento del Medio que un científico.

El hombrecillo me da el test de embarazo. Tengo que admitir que siento cierta vergüenza con la situación. Soy cómica y cuento mi vida en cualquier bar a cambio de unas cervezas y unos aplausos, pero, de pronto, pedir un Predicador me da palo.

Hasta hace un par de meses vivía con Musco. Compartíamos un piso en La Latina, pero no compartíamos vida. Yo me pasaba el día en platós y cumpliendo con diferentes compromisos. Luego, por las noches, iba a micros abiertos de comedia a tomarme algo con la excusa de probar algunos chistes. Él por la noche prefería estar con sus colegas de juerga que conmigo y por el día trabajaba como dentista. Siempre dice que los dos nos dedicamos a lo mismo: «fabricamos sonrisas». ¡Qué puta vergüenza! No me puede dar más rabia cuando dice esa ñoñada. Un día la soltó delante de un cómico famoso y casi finjo que no nos conocíamos.

Ahora vivimos separados. Llegó un momento en que parecíamos compañeros de piso, así que decidí cortar y marcharme a otra casa. Quedamos en que cada uno haría su vida, pero en este mismo instante voy camino de mi casa para hacerme un test que me dirá si vamos a tener un crío.

No sé si estoy preparada para ser madre con treinta y tres años. No sé si alguna vez se está preparada para algo así, pero no puedo imaginar cómo se sintió mi madre con apenas diecinueve.

Nací en los ochenta en el País Vasco, cuando la heroína y ETA estaban a tope y los niños llegábamos a repoblar Euskadi. Crecí dentro de un matriarcado puro y duro. Mi abuela Begoña se había divorciado de mi abuelo, Franqui, cuando divorciarse todavía no era *mainstream*. Mi abuelita vivía en una casa con sus cuatro hijas. Eso era prácticamente *Mujercitas*. Aunque siendo vascas eran más *mujeronas*. Mi madre, la más empollona y perfeccionista de las cuatro, se quedó embarazada a los diecinueve años, algo que sorprendió mucho a mi abuela. Parece que además de pasarse el día hincando los codos, de vez en cuando también hincaba las rodillas. Llevaba, o eso me han contado, tres años con mi padre de novios.

Nací de penalti en una época en la que no estaba muy bien visto, sobre todo sin ceremonia de por medio. Mientras mi familia paterna ya estaba organizando la boda, mi abuela materna, feminista hasta la médula, juntó en el salón de casa a mis padres:

—Vamos a ver, antes del bombo, ¿vosotros teníais previsto casaros?

Se miraron un instante antes de responder que no.

—Pues, entonces, ya os casaréis en un futuro si os apetece.

Por supuesto, yo esto no lo recuerdo: me estaba gestando y ya tenía bastante con tener que alimentarme por un tubo metido en el ombligo, pero siempre me lo cuenta mi abuela y me hace sentir orgullosa de ella. Mejor prevenir que curar.

Vi a mi padre unas cuantas veces más. Aunque mi madre me llevaba a la casa de la abuela Sol a comer todos los domingos, él nunca estaba. Mi vida se ha caracterizado por idealizar la figura paterna precisamente por no tenerla. En nuestra sociedad la gente idealiza lo que no tiene. Sueñan con un yate, creen que serían felices con un chalé más grande, y yo, por supuesto, encumbraba a mi padre ausente. Con un poco de suerte un día podré comprarme un yate y superarlo. Desconocía la razón de su distanciamiento y, ya con una edad, empecé a preguntar, pero siempre se me contestó con eufemismos y frases cortas. Yo interpreté esas respuestas como que a nadie le apetecía mucho hablar del tema y era mejor no saber.

El colmo de una niña que echa de menos a su papá es que su padre sea marinero. Mi padre lo era y pasaba mucho tiempo lejos de tierra firme, pero hasta para el marinero más comprometido esas temporadas eran demasiado largas. Un día me di cuenta de que mi padre tenía otras pasiones que lo alejaban de mí, además de la mar. Desde muy pequeña bromeaba con mis amigas sobre mi padre el marinero. Convertí algo que me resultaba doloroso en un chiste recurrente. Mi primer *running gag*.

Mi madre estaba en segundo de carrera de Informática cuando nació. Iba a la uni con el bombo y no se perdía una clase. No debía de pasar desapercibida. Esos aprendices de informáticos vascos seguro que no estaban acostumbrados a ver muchas mujeres por ahí, y menos a una que estaba

embarazada por practicar sexo con alguien que no fuera su propia mano. Además, mi madre siempre ha sido muy guapa. De joven llegó a trabajar de modelo. Cuando vine al mundo, empezó a trabajar para poder darme un futuro digno mientras continuaba con sus clases. Así que me criaron muchas personas.

Pasé por manos de infinitas niñeras; mi tía Vero, la más pequeña de las cuatro hermanas, no dejó de cuidarme en su plena edad del pavo porque era el castigo que le ponía mi abuela cuando desaparecía de juerga un fin de semana sin avisar; mi madre me acunaba por las tardes mientras estudiaba códigos html y los demás me iban mimando a ratos convirtiéndome en el bebé más empático y sociable que mi familia cree recordar. Me iba absolutamente con cualquiera. Ni lloros ni dependencia emocional. Era una cómica de bares *underground* en potencia.

Mi abuela siempre me dice que fui un milagro para ella. Mi nacimiento le devolvió las ganas de vivir. Era su antidepresivo. Ella se dejó la piel en mimarme como nadie. Hoy por hoy, a mis treinta y cuatro años, duermo con ella en la misma cama y me hace cosquillas antes de dormir. Aguanta menos que antes por la artrosis. Ese momento es mágico para mí. Ahora ella es mi Lorazepam. Creo que soy la persona que más ha dormido con uno de sus abuelos, con permiso de las nietas de Josef Fritzl. No hay otra situación que me haga sentir más tranquila que cuando veo la tele tumbada sobre las piernas de mi abuela mientras me

rasca la espalda. A cada novio que he tenido le he obligado a escenificar esta situación, pero nunca con los mismos resultados. Mis novios se cansaban antes y no había tanto ímpetu como en ese amor incondicional que hemos sentido la una por la otra. Espero que ninguno de ellos se molestara por tener que encarnar el rol de mi abuela, pero si es así, que se aguanten. Me lo debían por todas las veces que me ha tocado a mí hacer de enfermera o de colegiala. Sin duda, mi abuela Begoña es una mujer irrepetible, aunque irónicamente tiene una hermana gemela, la tía Mari Tere, o como yo la llamo, *mi abuela de repuesto*.

Es curioso que no tenga muchos recuerdos de infancia. Supongo que eso significa que fui más o menos feliz, porque dicen que solo recordamos los traumas. Más de un psicólogo me ha dicho que soy una *drama queen*, porque casi todos los *flashbacks* que tengo suelen ser de experiencias que en ese momento me parecieron traumáticas. Como cuando no encontraba el pasaporte para ir a Eurodisney.

Una enana de ocho años no tiene por qué saber dónde guardar esos documentos, pero mi madre se volvió loca: «¿¡Dónde está tu pasaporte!?!». Me lo pedía como si fuera un *ranger* y yo una pobre inmigrante ilegal que intentara entrar en Texas. Esa intensa experiencia no se parecía mucho a lo que había imaginado que iba a ser un viaje a Eurodisney. Ella siempre se ha puesto muy nerviosa con todos los obstáculos que conlleva la vida: por esta peculiaridad de su personalidad, mi madre está siempre atacada. Hoy por

hoy, sigue sin darse cuenta de que el día a día está lleno de imprevistos y que hay que tomárselo con humor, porque, si no, el nervio termina consumiéndote. Por cierto, al final conocí a Mickey en persona y es menos atractivo que en dibujo animado.

Pero el peor momento de mi joven vida fue cuando mi madre decidió que era hora de independizarnos de mi abuela y vivir las dos solas en una casa. La gente cree que a los vascos nos encanta independizarnos, pero yo creo que nunca he llorado tanto. Lloré como solo puede hacerte llorar una madre, una hija o una estudiante de peluquería que acaba de cortarte el pelo. Supongo que tenía sentido que mi madre quisiera tomar el timón de su vida, pero para mí era como si mi abuela y mi madre se divorcieran y le hubieran dado mi custodia a la última sin preguntarme. Solo tenía once y ya había vivido dos divorcios. ¿Cómo me van a durar a mí los novios con esa infancia? A esa tierna edad nunca veía a mi padre y en ese momento sentía que me separaban de la adorable señora que me cuidaba a diario. Esa era mi vida..., bueno, y también es el final de *La señora Doubtfire*.

En realidad, solo nos fuimos a dos kilómetros de distancia y seguía viendo a mi abuela todos los días. Recuerdo que nos mudamos a una casa en la que teníamos de vecino al novio de mi madre de entonces. Eso me aterraba. Una cosa es tener miedo de que tu vecino te robe el wifi y otra cosa es que te robe a tu madre. Nadie se puede imaginar las películas que un niño puede montarse en cuanto a las nue-

vas parejas de su progenitor. Sientes un miedo atroz al abandono. Puede que la sociedad vaya modernizándose en cuanto a lo que es una familia, pero un niño sigue teniendo un esquema mental instintivo: necesita amor y no soporta ninguna situación en la que se lo puedan arrebatar. El hijo de una madre soltera es como un novio inseguro que se comporta como un capullo, porque todo el rato cree que lo van a dejar. Pues yo era ese tío, y mi madre, como era normal a su edad, intentaba buscar el amor en otras personas con las que yo no solía llevarme especialmente bien.

Así como guardo un hemisferio del cerebro para todas las letras del reguetón, el otro lo uso para la lista de todos las *affaires* que ha tenido mi madre a lo largo de mi vida. Una vez me llevó con uno de ellos de vacaciones. Yo sería un mico, pero Quique se atrevió a decirme que no podía poner el codo encima de la mesa. Me fui llorando y le grité: «¡Tú no eres mi padre, gordo de mierda!». Lo de «gordo de mierda» lo he añadido yo con el tiempo, pero estaba bien hermoso, el cabrón. Ahora le habría contestado: «¡Tanto vigilarme a mí! ¿Por qué no vigilas tu colesterol?».

En el fondo, siempre he fantaseado con que mi madre y mi padre volvieran. Para mí son como uno de esos grupos míticos que tocaban antes de que tú nacieras y que todo el mundo sueña con que vuelvan a juntarse para hacer una gira, pero parece imposible. Para mí, mis padres son los hermanos Gallagher. Solo los he visto juntos un par de veces. Digo a mis padres, no a los de Oasis.

Recuerdo un domingo en casa de mi abuela paterna en el que, por casualidad, estaba mi padre cuando mi madre fue a buscarme. Estaban en el sofá y mi padre le dijo a mi madre que le diera la mano y ella se ruborizó. No sé cómo catalogar ese instante. Para mí fue uno de los momentos más bonitos que he vivido. Es increíble la mente de un niño. Ahora que entiendo más la vida, me parece que mi madre no pudo hacerlo mejor y que, al fin y al cabo, tus padres son los que te crían, no aquellos a los que se les ha ido de las manos el orgasmo. Pero cuando eres una pulga sientes una necesidad inexplicable de tener una familia, llamémosla, por decir algo, estructurada. ¿Y quién me había enseñado que eso existía? ¡Nadie! Viene en el ADN. Ahí viene todo escrito. En un párrafo pone «tobillos gordos», y en el siguiente, «necesito a mi padre». Todo en el ADN. Al fin y al cabo, somos animales.

Ser hija única tiene cosas guais —te regalan mejores juguetes— y cosas malas —no tienes nadie con quien jugar—. No tener hermanos me ha hecho obsesionarme con la idea de la soledad. Durante mi infancia siempre estaba acompañada. Era una niña muy sociable y mi madre podía dejarme con cualquiera, que yo me adaptaba. Mi terror a la soledad creció con la adolescencia. Si cierro los ojos puedo visualizar a una niña de trece años rellenita, llena de granos, con una nube oscura encima y mucho miedo a que la dejaran de lado. Con bastante labia, eso sí.

Mi estrategia para no estar sola fue crear una personalidad todoterreno. Todo el mundo quería estar conmigo. El

don de gentes lo desarrollé por necesidad, pero al final dio resultado. Si ahora me dedico a la comedia es porque llevo trabajándomelo desde que tengo uso de razón por una cuestión de supervivencia. Mis anécdotas siempre han causado sensación. Ya entonces, utilizaba de forma intuitiva técnicas de comedia que he estudiado *a posteriori*: exageración, ritmo, comparaciones, regla de tres, honestidad brutal... Siempre me pasaban toda clase de cosas. Sacaba mínimo una anécdota al día y, si no me pasaba nada, inconscientemente forzaba que me ocurriera algo. En el patio, mis amigas se morían de risa conmigo. Era igual que las actuaciones de ahora, pero sin que te digan al bajar del escenario: «Me ha encantado, pero la que me gusta de verdad es Eva Hache». ¿Quién quiere un hermano cuando el miedo a la soledad te da una carrera profesional? ¡Que te jodan, hermano imaginario!

No saber estar sola también me ha traído algunos problemas. Mi madre viajaba mucho por trabajo y en esos periodos me quedaba con mi abuela en su casa. Aprovechaba la situación para contarle alguna milonga y montar fiestas. Le decía que me quedaba a dormir en casa de una amiga y organizaba una quedada en la casa de mi madre, que estaba vacía. Yo pensaba que no había fisuras en mi plan.

La última vez que lo hice, llamé a dos de mis mejores amigas del cole: Lupe y Lucho. La idea era hacer una inocente fiesta de pijamas en casa de mi madre. Comeríamos chuches y veríamos *Leyendas de pasión* por octava vez, pero

llorando como si fuera la primera. No sé si llorábamos por la trama o por ver el torso desnudo de Brad Pitt y compararlo con el de los niños de clase que nos gustaban. Porque a mí me han gustado los niños desde siempre. Creo que cuando el doctor me dio el azote al nacer pensé: «Umm..., un madurito interesante y, encima, médico». Con ocho años estaba colada por Bosco (sí, siempre he sido un poco pija), el hijo de unos amigos de mi madre. Por loco que parezca, yo a esa edad todavía usaba el chupete, pero mi madre me amenazó con contárselo a Bosco si no dejaba aquel vicio repugnante. Evidentemente, el miedo al ridículo me hizo escupirlo y no volver a meterme un chupete en la boca nunca más. Dejé los chupetes por amor.

No había mejor plan que ver un buen dramón hollywoodiense junto a mis amigas del cole. Yo ya quería ser actriz. La gente a veces me pregunta si quería ser cómica de pequeña, pero dejadme que os aclare esto de una vez: ninguna chica quería ser cómica de pequeña. Nadie decía con trece años: «Quiero ser como Lina Morgan, ponerme bizca y retorcer las rodillas mientras la guapa se lía con el galán de turno». En mi cuarto ensayaba mi discurso recogiendo un premio con forma de bote de Nenuco. Me imaginaba ganando el Goya, qué digo el Goya... ¡El Óscar! Todos fliparían y seguro que mi padre no podría negarse a acudir a una ceremonia así.

Cuando tocaron el timbre, mis amigas habían llevado algunos amigos y a su vez esos amigos habían avisado a

unos colegas que habían invitado a unos conocidos... Todo Getxo y parte de Portugalete estaba en mi casa montando una *rave*. Yo tenía trece años y de pronto, en mi cocina, se estaba celebrando la semana grande de Bilbao. Una persona normal les hubiera frenado los pies, pero yo no era normal. Era una adolescente insegura y llena de acné que solo quería caer bien a la gente. Además, había ido un macarra por el que estaba muy colada.

La fiesta se nos fue de las manos y la casa acabó destrozada, pero no pasaba nada. Todavía quedaba un día para que llegara mi madre. Podíamos limpiar todo, recoger la casa y reparar la figurita de Lladró con el pegamento que usábamos en clase de tecnología. Ella no notaría nada y me daría un tierno beso al volver al hogar. De nuevo, mi plan era jodidamente brillante.

Mis dos amigas y yo quedamos al día siguiente. Cuando haces una fiesta se apunta todo el mundo, pero cuando se queda para limpiar, solo aparecen las dos pringadas de tus mejores amigas. Yo siempre he sido muy de procrastinar (aunque entonces no existiera esa palabra y lo llamaríamos *tocarse el toto*), así que fuimos dejando la tarea para un poco más adelante. Teníamos toda la noche para recogerlo; sin prisas. Se nos ocurrió que sería más divertido hacer una sesión de espiritismo. Montamos una ouija con velas y todo. No pudimos hablar con ninguna presencia y solo movíamos el vaso de un lado para otro nosotras mismas como tres taradas. Lástima, nos habría sido útil contactar con al-

gún espíritu responsable que nos hubiese obligado a ponernos a recoger y, ya de paso, nos hubiese dado algún *tip* de cómo quitar las manchas de *kalimotxo* del sofá.

Tras la sesión espiritista nos quedamos dormidas. Al día siguiente mi madre entró en la casa y no hubo un tierno beso. En su lugar, me llevé un bofetón, ganado a pulso, que sí que me puso en contacto con el más allá y me hizo sintonizar un pitido en el oído derecho. Tuvimos la mayor de nuestras broncas. Como resultado, decidió desterrarme a un internado para señoritas en Dublín. Ella había estado con dieciséis años y guardaba buen recuerdo del lugar. Mi madre aseguraba que allí la habían metido en cintura —aunque omitió que dos años después de ir se quedó preñada— y estaba segura de que a mí me iría genial un poco de disciplina y educación. Yo volví a llorar durante días seguidos. No me lo podía creer. Mi tercer divorcio con solo trece años: ni Ross Geller. Tenía que separarme de mi madre y de mi abuela durante un año entero. Yo no veía la oportunidad que suponía para aprender inglés y vivir nuevas experiencias y solo sentía que me mandaban a una lejana cárcel de mujeres. El curso había empezado hacía un mes y estaba a tiempo de incorporarme en ese mismo momento. Recé para no encontrar el puto pasaporte, pero esa vez sí estaba en su sitio y me fui a Glenageary, un pueblecito a las afueras de Dublín. Me sentía como una huérfana camino de un lejano internado. Así era mi vida... Eso, y el principio de *Harry Potter*.

Saco el test de la caja mientras ojeo las instrucciones. Tardo un rato en hacer pis sobre esa especie de termómetro rosa, porque soy de chorro tímido y a mis genitales nunca les han sentado bien las órdenes. Pero cuando abro el grifo del lavabo comienzo a orinar. ¡Cuánto hemos evolucionado como especie!

Por algún lado he leído que antiguamente las mujeres hacían pis encima de ranas para salir de dudas. ¡Qué asco mear encima de una rana, ¿verdad?! Pues imagínate para la rana... Menudo trabajito, ser el Predictor de los Picapie-dra. El peor trabajo que se me ocurre, después del de *rider* en Madrid centro. Hay tíos que no son capaces de mear dentro de la taza sin salpicar y nosotras éramos capaces de atinar a una rana saltarina. Eso es puntería.

Cuando voy a limpiarme me doy cuenta de que solo me quedan dos rollos de papel higiénico. Mierda, debería haber comprado.

Mientras espero el resultado, me pregunto si cuando mi madre se quedó de mí todavía las embarazadas hacían lluvias doradas a las ranas...

POSITIVO.

En la pantalla del aparatito pone que estoy EMBARAZADA.

Abajo se puede leer: «1-2». ¿Eso qué es? ¡¿Uno o dos niños?! A ver si van a ser gemelos, como la tía Mari Tere y la abuela.

Vuelvo a la farmacia. El hombrecillo de las gafas me explica que está todo bien.

—Estos números significan que estás de una o dos semanas.

—¡Qué precisión! Un poco más y viene la geolocalización con los colegios de la zona.

—¡Enhorabuena, estás embarazada!

—Pero si solo fue un simple misionero.

El boticario se ríe. Me ofende un poco su risa, como si él hiciera el helicóptero en la cama con ese *gepeto* que tiene. Le compro otro test, por si el anterior estaba mal, pero esa vez ya no me da ninguna vergüenza pedirlo. También da positivo y ya no hay dudas. Tengo que llamar a Musco, seguro que cuando vea mi nombre en el teléfono va a pensar que quiero repetir lo de hace quince días antes de que nos encierren. Va a flipar.

Flipa. Musco me pregunta si estoy segura de que es suyo. No me ofende, porque no estamos juntos y podría haberme acostado con otro. De hecho, habría ocurrido si no hubiera ido tan pedo. Solo me he liado con otro chico este mes, pero íbamos demasiado borrachos como para pasar a mayores. Menos mal, porque era un cómico; me dan escalofríos de pensar cómo debe de ser el hijo de dos cómicos. Me imagino las llamadas del cole: «Su hijo ha sido expulsado por meterse con el niño que lleva muletas, y nos ha dicho que no piensa pedir perdón ni volver a clase porque está cansado de ofendidos».

Musco cree que si vamos a tenerlo deberíamos estar juntos. Yo no lo tengo claro. Dudo.

Un niño no soluciona las cosas mágicamente.

Recuerdo que mi abuela decía que es mejor prevenir que curar.

Suenan aplausos.

Tardo un segundo en darme cuenta de lo que está pasando: son las ocho de la tarde y todo el mundo ha salido a la ventana a aplaudir a los sanitarios. Creo que con esto de la pandemia van a ser los únicos aplausos que voy a oír en mucho tiempo, porque tiene pinta de que queda bastante hasta que pueda volver a subirme a un escenario.

Salgo a la terraza y aplaudo a los sanitarios para que nos salven de la pandemia, pero también lo hago para que me ayuden con el parto. Me asusta mucho ese momento y, sin embargo, mientras doy palmas me doy cuenta de que en realidad estoy muy contenta.

Estoy feliz de estar embarazada pese a las circunstancias. En ningún momento he pensado en abortar. Como mujer feminista, estoy a favor del derecho al aborto, pero a mí ni se me ha pasado por la cabeza. Quizá porque estoy muy agradecida de que mi madre me tuviera, aunque fuera tan joven, o quizá porque siempre me han gustado los cambios vitales. Aun así, creo que no contaré todo ese rollo cuando mis colegas modernos me pregunten extrañados por qué no aborto. Les diré que fue por pereza: «Siempre procrastino y, como me da miedo la experiencia de abortar, lo fui dejando hasta llegar al parto. Nueve meses de procrastinación».

Embarazada y confinada. Por lo menos yo tengo Netflix, porque mi pobre bebé va a estar doblemente confinado y sin nada que hacer mientras flota dentro de la placenta. No van a ser unos meses fáciles y estoy segura de que van a presentarse muchos retos. Tengo miedo de no estar a la altura, de tener que aparcar mi carrera profesional, de sentirme sola... Poco a poco los aplausos se van apagando y vuelve el silencio, pero yo sigo estando muy contenta.

Voy a tener un bebé.